

## REALIDAD SIN TAPUJOS.

José Luis López Tamargo.  
Colaborador de La Nueva España.  
Oviedo.

La crisis sucesivas, del 2008 y del covid-19, han desvelado la verdadera faz de la realidad social de nuestro país. Es España un país que, según fuentes estadísticas Eurostat, roza el 22% de pobreza relativa en estos momentos, con una movilidad social muy estancada, un funcionamiento de las instituciones, de los sistemas de integración y promoción, hechos a imagen y semejanza de una clase media-alta, cada vez más exigua y egoísta a la par. Con su mantra de bajada de impuestos y sus “valores constitucionalistas “sólo de banderas flameantes y comprobable animadversión al sistema. Es cierto que son las empresas, los autónomos y la iniciativa privada factores decisivos en toda realidad económica productiva pero también da miedo la deserción de un verdadero patriotismo, que guarda escasa relación con la evasión tributaria, los paraísos fiscales, los “fondos buitres de inversión” detrás de las residencias de ancianos y otros servicios sometidos sólo a la rentabilidad económica más leonina. Hay que atender e impulsar al talento, a los sectores con capacidad emprendedora, pero son estructurales e injustos los índices de pobreza, precariedad, temporalidad, bajos salarios y subempleo en la muy desigual sociedad española, con un sistema educativo que está dejando claramente de ser el más meritorio y honorable medio de ascenso social.

Existe una España muy desahogada y de escaparate, de urbanizaciones de lujo, centros comerciales y mentalidad

muy americana, más que europea continental, y una España de mugre y cutrez, gentes excluidas. No hay que ser enemigos del comercio ni del sincero reconocimiento a la gente más capaz y práctica, constructiva y de vocación empresarial-social pero la situación urge también un estado social vigoroso, redistributivo y regulador que haga efectiva la vinculación a valores constitucionales de equidad, igualdad de oportunidades, políticas sociales y de atención plena a tantísimos sectores vulnerables, mayores, discapacitados e inmigrantes. Las soluciones nunca son mágicas ni vienen dadas por simplificaciones populistas de izquierdas o de derechas. Tendría que haber en nuestro país un “acuerdo de verdadera reconstrucción social “, una política transversal de consensos que afiancen bien común, dignidad humana, constructividad, oportunidades y un verdadero patriotismo sin alharacas, de derechos universales. Una mucho mejor y más equipada, previsor y eficaz cobertura sanitaria pública, dique contra calamidades víricas y desigualdades.

España podría ser sinónimo de bienestar, cultura, ciencia, investigación, equilibrios e ideas no sólo cortoplacistas y marcadas por el ciclo electoral. Ahora mismo no lo es. Tan cierto es que puede haber un “despotismo de la libertad y de la igualdad “como que en nuestro país hay que abordar serias cuestiones públicas que aseguren paz social, equidad avanzada y justicia para todos.

